

## CONVERSIÓN

1 de junio de 2020

Queridas Hermanas y queridos Hermanos,

¡Paz y bien!

Tal vez una de nuestras historias favoritas entre las contadas por Tommaso da Celano en su Vida Primera de San Francisco es el encuentro de Francisco con unos bandidos en una colina nevada:

Cubierto de andrajos el que tiempo atrás vestía de escarlata, marchaba por el bosque cantando en lengua francesa alabanzas al Señor (26); de improviso caen sobre él unos ladrones. A la pregunta, que le dirigen con aire feroz, inquiriendo quién es, el varón de Dios, seguro de sí mismo, con voz llena les responde: «Soy el pregonero *del gran Rey*, ¿qué queréis?» Ellos, sin más, le propinaron una buena sacudida y lo arrojaron a un hoyo lleno de mucha nieve, diciéndole: «Descansa, rústico pregonero de Dios». Él, revolviéndose de un lado para otro, sacudiéndose la nieve -ellos se habían marchado-, de un salto se puso fuera de la hoya, y, reventando de gozo, comenzó a proclamar a plena voz, por los bosques, las alabanzas del Creador de todas las cosas\*. / *Celano VII, 16*

¿Podemos relacionar esta historia con la conversión? La conversión puede significar cambio y podemos verlo claramente en la forma en que Francisco pasó de vestirse con ropas escarlatas ricas en púrpura, a usar en su lugar casi trapos. Sin embargo, el profundo significado de la conversión no sólo implica la transformación, sino que estriba en la transformación y el cambio de vida que sigue. Más profundamente, es una transformación del espíritu interior. Este pequeño incidente nos muestra a Francisco cuyos ojos físicos y espirituales se han abierto a una nueva libertad, una libertad que le permite ver y comprender toda la creación de una manera transformada. Busca al Dios que quiere proclamar a todos, como el Heraldo de Dios.

Los hermanos y hermanas de la Tercera Orden Regular de San Francisco queremos seguir a Jesús según el ejemplo de Francisco:

Se proponen vivir esta conversión evangélica en espíritu de oración, de pobreza y de humildad. *Regla TOR #2.*

Las consecuencias de la pandemia causada por el COVID-19, el corona virus, son importantes para cada persona. Mucha gente habla de los cambios que hay que hacer, y sí, son muchos. Sin embargo, a través de todo esto, todos han sido llamados a la conversión del espíritu y una nueva visión con una profunda transformación del espíritu y la vida. Francisco nos muestra esta nueva forma de ver y ser (algunos la llaman conversión) en su capacidad de despojarse de ficciones y simulaciones, de ver lo esencial y celebrarlo, de transformar lo que podría parecer ordinario en lo que revela lo divino. Nos regocijamos en su capacidad de ver a Dios en toda la creación y de amar a Dios en cada persona.

Francisco también recibió el don de conocer el amor de Dios para con él. Esta fue la transformación de Francisco que llevó a su conversión o cambio de corazón y espíritu.

Celano nos cuenta además esta historia:

Algunas veces Francisco hacía también esto: la dulcísima melodía espiritual que le bullía en el interior, la expresaba al exterior en francés, y *la vena del susurro divino que su oído percibía en lo secreto rompía en jubilosas canciones en francés*. A veces -yo lo vi con mis ojos- tomaba del suelo un palo y lo ponía sobre el brazo izquierdo; tenía en la mano derecha una varita curva con una cuerda de extremo a extremo, que movía sobre el palo como sobre una viola; y, ejecutando a todo esto ademanes adecuados, cantaba al Señor en francés. Todos estos transportes de alegría terminaban a menudo en lágrimas; el júbilo se resolvía en compasión por la pasión de Cristo. De ahí que este santo prorrumpía de continuo en suspiros, y al reiterarse los gemidos, olvidado de lo que de este mundo traía entre manos, quedaba arrobado en las cosas del cielo. 2 Celano XC, 127.



En estos tiempos de re-evaluación global y discernimiento universal, ¿cómo podemos nosotros, seguidores de Jesús y Francisco, escuchar el susurro divino que escuchamos en secreto?

Sabemos que no hacemos nada aisladamente, o que no esté elación con los demás: nuestra escucha, nuestra oración, nuestra respuesta. Estamos agradecidos a nuestros hermanos y hermanas que han compartido su comprensión de la CONVERSIÓN expresada en este número de PROPOSITO.

Que esto nos inspire y anime en nuestro caminar común.

Hna. Deborah LOCKWOOD, Presidente CFI-TOR  
Hna. M. Magdalena SCHMITZ, Vice-Presidente  
Hna. Dolores CANEO, Consejera  
Hna. Joanne BRAZINSKI, Consejera  
Fray Franco KANNAMPUZHA, Consejero  
Hna. Benigna AOKO, Consejera

# LA ORDEN FRANCISCANA SEGLAR

## MEMORIA VIVA DE LA PRIMITIVA PREDICACIÓN FRANCISCANA

40° Aniversario de la aprobación de la Regla Paulina de la OFS

P. Raniero Cantalamessa, ofmcap

Roma, Seraphicum, 24 de marzo de 2019

### «Va, Francisco, repara mi Iglesia»

La llave para entender un profeta, en la Biblia, es la narración de su vocación. Debemos siempre volver atrás hasta el momento cuando el profeta es cogido por la potencia de Dios que le dice: “va a esta gente y diles...”. También Francisco tuvo su llamada, su “anda, va” y ha sido cuando del Crucifijo de S. Damián salió una voz (no sabemos si real y física, o solamente interior) que le dijo: “*Va, Francisco y repara mi Iglesia que, como lo ves, se está volviendo una ruina*”.

Para descubrir al Francisco de la primera hora debemos por tanto ver lo que va a decir a la Iglesia después del envío de parte de Cristo; debemos, entonces, examinar cómo él entendió y realizó su “misión”. Tenemos, para esto, algunos hilos conductores. Uno de ellos es sin duda la predicación de Francisco la mañana siguiente a su conversión. Repasemos los escritos de Francisco, o sobre Francisco, para ver lo que se pone a predicar y a decir a la gente, después de haber oído este “Va, Francisco”.

Es sorprendente, pero todos lo han notado: Francisco habla casi siempre de “hacer penitencia”. En su predicación, esta expresión ocupa el mismo puesto que ocupa, en la predicación de Jesús, la frase: “¡Convertíos porque el reino de los cielos está cerca!” Es de esa manera que evoca de nuevo en su Testamento los inicios de su nueva vida:

“El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, el comenzar a *hacer penitencia* de esta manera. Porque, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de ellos, lo que me parecía amargo se me volvió dulzura del alma y del cuerpo. Y después de permanecer un poco, salí del siglo.”<sup>1</sup>

A partir de ese momento, cuenta Celano, con mucho fervor y exaltación, él comenzó a predicar la penitencia, edificando a todos con la sencillez de su palabra y la magnificencia de su corazón<sup>2</sup>. Por donde iba, Francisco decía, recomendaba, suplicaba que hicieran penitencia. Poco después su conversión, inició un viaje en la Comarca de Ancona; estaban él y el hermano Egidio. Francisco, en cuanto veía reunida un poco de gente, lloraba, y suplicaba que hicieran penitencia. Egidio, que sabía hablar todavía menos, tomaba las personas que habían escuchado Francisco a parte y les decía: “¡Escuchad bien, lo que este hombre os dice, porque parece sencillo, pero viene de Dios!” Esa era toda su predicación y la gente lloraba y se convertía<sup>3</sup>. Y todos querían saber quién eran y a pesar – nota el biógrafo – de que resultaba pesado responder a tantas interrogaciones, ambos confesaban con sencillez ser penitentes originarios de Asís.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Fuentes Franciscanas [FF], nr.110.

<sup>2</sup> FF, 358.

<sup>3</sup> FF, 1436-1437.

<sup>4</sup> FF, 1508.

*Penitentes originarios de Asís*: eso es lo que pensaban ser, Francisco y sus primeros compañeros. En la *Leyenda de los tres compañeros*, leemos que Francisco exhortaba a los hermanos diciendo:

“Vamos por el mundo, exhortando a todos, más con el ejemplo que con las palabras, a hacer penitencia de sus pecados y recordarse de los mandamientos de Dios. No tengáis miedo de ser creídos insignificantes o desequilibrados, pero anunciáis con ánimo y sencillez la penitencia. ¡Tened confianza en el Dios que ha vencido el mundo! Él habla con su Espíritu en vosotros y a través de vosotros, empujando hombres y mujeres a convertirse en Él y a observar sus reglas”<sup>5</sup>.

En la Regla no bulada utiliza acentos todavía más apasionados: “Todos los pueblos, las gentes, las razas, las lenguas, todas las naciones y todos los hombres de la tierra, que son y serán, nosotros, frailes menores, servidores inútiles, humildemente rogamus y suplicamos de perseverar en la verdadera fe y en la *penitencia* ya que de otra manera nadie puede ser salvado”<sup>6</sup> Finalmente, cuando le llegó hermana la muerte, al describirla el biógrafo así sintetiza su vida: “Ya, (en S. María de los Ángeles), cumpliéndose los cuarenta y cinco años de su vida y los veinte años de su perfecta penitencia, en el año de Dios 1226, el 4 de octubre, migró hacia Jesús Cristo”<sup>7</sup> La historia de Francisco se abre en el Testamento con el tema de la penitencia y se cierra con el mismo.

He insistido sobre este tema de la penitencia porque la Orden Franciscana Seglar nació justamente de esa predicación primitiva de Francisco y sus compañeros y el recuerdo a través todos los cambios históricos se mantiene todavía vivo. La regla originaria de la OFS es la carta di Francisco titulada “exhortación a los hermanos y las hermanas de la penitencia.” Es la que constituye el Prólogo de la Regla actual, promulgada por Pablo VI en 1978, y encarna el espíritu y la intuición originaria.

### **Qué entendía Francisco por “hacer penitencia”.**

Pero es necesario hacernos una pregunta: ¿Qué entendía Francisco con la palabra “penitencia”? Respecto a eso, hemos caído desgraciadamente en un grave error. Hemos reducido el mensaje di Francisco a una sencilla exhortación moral, a golpearse el pecho, lamentarse y mortificarse para expiar los pecados, mientras esto tiene toda la inmensidad y el respiro del evangelio de Jesús.

Francisco no exhortaba a hacer “penitencias”, sino a hacer “penitencia” (al singular) y veremos que esto es totalmente otra cosa.

Para descubrir de qué se trata, conviene ajustarse a las expresiones latinas utilizadas por Francisco. No olvidemos que Francisco escribió el Cántico de las criaturas en italiano y por eso está considerado como uno de los iniciadores de la lengua italiana; pero, a parte en algunos y pocos casos, su lengua era el latino, un latino cierto no clásico, pero latino. ¿Y qué encontramos en el texto latino de sus escritos, y que viene traducido con “hacer penitencia”? ¿Qué encontramos, por ejemplo, en el Testamento, cuando escribe: “El Señor me dio a mí, hermano Francisco, así de hacer penitencia”? Encontramos la expresión “*poenitentiam agere*”.

Ahora se sabe que Francisco quería predicar el evangelio *sine glossa*, sencilla y puramente, su regla primitiva, aprobada oralmente por Inocencio III, era solo un centenar de frases evangélicas. Le gustaba expresarse con las palabras mismas de Jesús. Y esta palabra - hacer

---

<sup>5</sup> FF, 1440.

<sup>6</sup> FF, 68.

<sup>7</sup> FF, 1824.

penitencia – era la palabra con la cual empezó a predicar, la que, a principios de su ministerio, repetía en cada ciudad y cada pueblo por donde pasaba. Lo atesta el evangelista Marcos:

“Después de que encarcelaron a Juan, Jesús se fue a Galilea a anunciar las buenas nuevas de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.” (Mc 1,15).

La palabra que hoy se traduce por “convertíos”, en el texto latino utilizado por el Poverello, resonaba “*poenitemini*”, haced penitencia. Francisco no ha hecho más que lanzar de nuevo el gran anuncio de Jesús, su “buena noticia”. Para entender entonces el anuncio que Francisco hizo resonar en su tiempo hace falta partir de nuevo de esta palabra de Jesús.

Antes de Jesús, convertirse significaba siempre un “volver atrás” (el término hebraico, *shub*, significa invertir la rueda, sus propios pasos). Indicaba la acción de quien, a un cierto punto de la vida, se da cuenta de estar “fuera del camino”. Entonces se para, reflexiona; decide regresar a la observancia de la ley y volver en la alianza con Dios. Hace una verdadera y propiamente “inversión de marcha”. La conversión, en este caso, tiene un significado fundamentalmente moral y sugiere la idea de algo pesado por cumplir: cambiar las costumbres, parar de hacer esto o aquel.

Esto es el significado habitual de conversión en la boca de los profetas, hasta Juan Bautista incluido. Pero en los labios de Jesús este significado cambia. No porque él se divierte a cambiar los significados de las palabras, sino porque, con su llegada, las cosas están cambiadas. “*El tiempo ha cumplido y el Reino de Dios ha llegado*”. Convertirse ya no significa, en este caso, volver atrás, a la antigua alianza y en la observancia de la ley, sino más bien hacer un salto en adelante y entrar en el reino, agarrar la salvación que llegó gratuitamente a los hombres, por iniciativa libre y soberana de Dios.

Conversión y salvación se han intercambiado. No primero la conversión y después, como su consecuencia, la salvación: sino al contrario: primero la salvación, y después, como su exigencia, la conversión. No: convertíos y el Reino vendrá entre vosotros, el Mesías llegará, como lo iban diciendo los últimos profetas, sino: convertíos porque el Reino ha llegado ya, está en medio a vosotros. Convertirse es tomar la decisión que salva, la “decisión de la hora”, como la describen las parábolas del Reino. “Convertíos y creed” no significa entonces dos cosas diversas y sucesivas, sino que son la misma acción fundamental: ¡convertíos, es decir creed! ¡Convertíos creyendo!

Todo esto requiere una verdadera “conversión”, un cambio profundo en la manera de concebir nuestras relaciones con Dios. Exige de pasar de la idea de un Dios que pide, que ordena, que amenaza, a la idea de un Dios que viene las manos llenas para darse totalmente a nosotros. Es la conversión de la “ley” a la “gracia”, es el mensaje de la justificación gratuita por medios de la fe que tanto preocupaba a San Pablo.

Cada religión o cada filosofía religiosa empiezan diciendo a los hombres lo que deben hacer para salvarse, que sean prácticas ascéticas o especulaciones intelectuales. Empieza con los deberes. El cristianismo no empieza diciendo a los hombres lo que deben hacer para salvarse, sino lo que Dios, en Cristo, ha hecho para salvarles. Asimismo, en el cristianismo están los deberes, los mandamientos y uno de ellos es considerado “el primero y el más grande de todos”: amar a Dios con todas nuestras fuerzas y el próximo como sí mismo. Totalmente verdadero, pero los mandamientos y los deberes se sitúan a un segundo nivel. Encima de esto está el piso del don. ¡El cristianismo es la religión de la gracia!

Yo no sé si Francisco había en mente todo esto, no lo creo. En su tiempo no hacía falta afirmar tanto esta jerarquía entre la fe y las obras. La fe era un hecho adquirido; se vivía en una

sociedad cristiana donde todo era impregnado de fe, a pesar de todas las incoherencias en la vida práctica. Entonces lo que hacía falta predicar a la gente, eran las consecuencias concretas de lo que suponía creer. Nosotros hoy ya no vivimos en una “societas christiana”, en cierto modo vivimos en una sociedad “post-cristiana”. Tenemos por tanto volver a restablecer la jerarquía seguida por los apóstoles.

Se sabe que en la Iglesia apostólica la distinción entre Kerigma y Didaqué era clara, o sea entre el anuncio de la fe del misterio pascual de Cristo y la enseñanza moral sobre los vicios a evitar y las virtudes a cultivar, en particular la virtud más importante que es la caridad. Así también está clara la convicción, especialmente en San Pablo, que la fe no brota en presencia de la enseñanza moral sino en presencia del Kerigma, del anuncio de la muerte y resurrección de Cristo: “*Si confiesa con la boca que Jesús es Señor, si crees de corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás*” (Rom 10,9).

Obedeciendo a las prescripciones canónicas de los tiempos y a las recomendaciones explícitas del Papa, Francisco, en su Regla, añade como contenido de las predicaciones de los hermanos “los vicios y las virtudes, las penas y la gloria”. Pero si el sentido evangélico de la palabra “*convertíos y creed*” no estaba ni en la boca ni bajo la pluma de Francisco, estaba por tanto en su corazón. Toda su persona proclamaba en voz alta el sentirse feliz por su descubrimiento del tesoro escondido y de la perla preciosa. No vendía todos sus bienes para encontrar el tesoro escondido, porque había encontrado el tesoro escondido. También para él, el don había precedido el deber. Francisco no necesitaba anunciar con las palabras el misterio pascual – la cruz y la resurrección de Cristo -; su persona misma se había transformado en imagen viva de esto; su vida era su predicación.

Nosotros Franciscanos de hoy estamos llamados a hacer explícito lo que en Francisco era explícito u oculto, a proclamar lo que Francisco *vivió* y no solamente lo que *escribió*. Él quiere con todas sus fuerzas una única cosa: vivir de nuevo el evangelio y predicar el evangelio. Imitarlo en lo que fue el anhelo de toda su vida, exige de nosotros que no quedemos en predicar siempre la misma cosa: “los vicios y las virtudes, la pena y la gloria”; que no quedemos en una predicación moralista, que no reduzcamos el cristianismo en una doctrina ética, sino que anunciemos a “Jesucristo y a Jesucristo crucificado”, con la alegría y el entusiasmo de Francisco.

La exhortación del papa Francisco “*Evangelii gaudium*”, la alegría del evangelio, está toda impregnada de este espíritu franciscano. Empieza con las palabras: “La alegría del Evangelio colma el corazón y la vida interior de los que encuentran a Jesús”, y ¿quién mejor que Francisco de Asís, ha encarnado la verdad de estas palabras?

### **“Y Pedro dijo: ¡Arrepentíos!”**

Pues ahora tenemos que dar un paso adelante. En el grito de Francisco: en el “Haced penitencia”, está encerrado algo más que tenemos que descubrir, examinando otro texto de las Escrituras.

Pensemos en lo que sucedió el día de Pentecostés. Se oyó el ruido de un viento impetuoso, se vieron llamas de fuego “y todos estuvieron colmados del Espíritu Santo”. Siendo el Espíritu Santo el amor personal del Padre y del Hijo, decir que todos estuvieron llenos del Espíritu Santo quiere decir que todos estuvieron colmados del amor de Dios. ¡Vaya terremoto tuvo que producirse para que se sintiesen inundados, bautizados, o sea inmersos en el amor de Dios! Así Pablo explica la Pentecostés: “*El amor de Dios se infunde en nuestro corazón por el don del Espíritu Santo*” (Rom 5,5).

Después de este acontecimiento, los apóstoles salen fuera. La unción del Espíritu los ha completamente transformados en antorchas ardientes. Proclaman entusiastas ‘las grandes obras de Dios’ y todos los entienden. Algunos sospechan sobre su estado mental. Pedro les tranquiliza que no están ebrios, pero lo hace casi con prisa, sin extenderse demasiado. Tiene algo mucho más importante que decir: “*Jesús de Nazaret, a éste, entregado según el plan de Dios, lo crucificasteis por mano de gente sin ley y les disteis muerte*” (Hechos 2,22 y siguientes).

Al oír estas palabras, fueron todos conmovidos y dijeron a Pedro y a los apóstoles: “¿Qué debemos hacer, Hermanos? Y Pedro les respondió: “*Arrepentíos, bautizaos cada uno invocando el nombre de Jesucristo, para que se os perdonen los pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo*” (Hechos 2, 37-38)

En el texto conocido por Francisco en vez de la palabra “arrepentíos”, había la expresión “*poenitentiam agite*”, o sea otra vez “haced penitencia”. De esa manera hemos descubierto las dos grandes fuentes de la predicación de Francisco, los dos gritos que él quiso hacer resonar de nuevo en la Iglesia: el grito con el cual Jesús empezó el anuncio del Reino y el grito con el cual la Iglesia empezó su predicación el día de Pentecostés.

La palabra utilizada por Pedro es la idéntica a la de Jesús: mismo verbo, mismo modo imperativo, misma segunda personal en plural: *metanoite*, pero la palabra se ha enriquecido de un significado nuevo, debido a lo que sucedió mientras tanto: el rechazo de Jesús de parte del mundo, su muerte y su resurrección. Es por eso que en lugar de traducir el término con convertíos como en el primer caso, se traduce con *arrepentíos* o *enmendaos*.

Es decir, ahora no se trata solamente de creer en el evangelio, se trata de reconocer y de arrepentirse del pecado. Francisco habla a menudo de “hacer penitencia de los pecados”. Ahora esa es la puerta para entrar en el Reino y para experimentar una nueva Pentecostés: “Arrepentíos, después recibiréis el don del Espíritu Santo”.

¿Qué significa la famosa palabra *metanoia*? ¿En qué consisten el verdadero arrepentimiento y la verdadera contrición? Literalmente, la palabra significa un cambio de pensamiento, del modo de ver y juzgar las cosas, una revolución mental. Pero no se trata de abandonar la manera de pensar de antes o sobre los demás, la mentalidad mundana de un tiempo, para formarse otra un poco más espiritual y evangélica. La verdadera *metanoia* es abandonar el propio modo de pensar y adoptar el de Dios, ver a sí mismo y su propia vida como los ve Dios.

Francisco ha conocido la verdadera *metanoia*. Entró en el corazón de Dios y vio el pecado como lo ve Dios, desde dentro de su amor paterno sin límites, lo vio por lo que hizo a Cristo en la Cruz. Y lloró, se volvió ciego de tanto llorar, no solo de la enfermedad. Sus lágrimas eran de amor y de dolor, como las que Jesús derramó sobre Jerusalén.

Me pregunté: ¿cuál es el pecado del que Francisco nos pediría cuenta en particular si volviera a predicar hoy? La respuesta a esta pregunta me llegó a través de una palabra de Jesús: “*Buscad primero el Reino de Dios y todo se os dará por añadidura*”. Nosotros, de hecho, hemos sencillamente puesto los términos al revés: buscamos primero todo el resto – salud, negocios, placeres, divertimento – y el tiempo se nos adelanta, y quizás una hora el domingo, pensamos en Dios, en Jesús y en las cosas de arriba.

Perpetuamos la parábola de los invitados a la boda: “*El reino de los cielos es como un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo. Mandó a sus siervos que llamaran a los invitados, ... Pero ellos no hicieron caso y se fueron: uno a su campo, otro a su negocio.*” (Mt 22, 2-5). Para muchos Dios se ha vuelto de un interés “secundario”. Pero Dios no puede ser ya nunca un interés secundario. ¡Es casi peor que no conocerle de nada! El mes pasado estaba comentando



el evangelio del IV Domingo del Tiempo Ordinario en la capilla de la ermita donde vivo desde años con algunas monjas clarisas capuchinas. En este pasaje evangélico se habla de los nazarenos que, fastidiados por su predicación, empujan a Jesús “*lo llevaron hasta la cumbre de la colina sobre la que estaba construido el pueblo*”. (Lc 4,29). Les hice notar que nosotros hacemos lo mismo cuando relegamos a Jesús encima de la cumbre de nuestra vida, cuando lo ponemos en el margen, haciendo pasar por delante de él una infinidad de cosas.

## El TAU en la frente

Para Francisco hacer penitencia significaba entrar en el corazón de Dios, compartir su sufrimiento, ver las cosas desde este centro, donde todo, especialmente la infidelidad y el pecado, toma su verdadera fisionomía. Algo mejor que todo, nos revela lo que significa para Francisco ‘hacer penitencia’: su increíble devoción al Tau. Hay una historia detrás de esa devoción que conviene ser recordada. En el profeta Ezequiel leemos:

*“La gloria del Dios de Israel, que estaba sobre los querubines, se elevó y se dirigió hacia el umbral del templo. Al hombre vestido de lino que llevaba en la cintura un estuche de escriba, el Señor le llamó y le dijo: «Recorre la ciudad de Jerusalén, y coloca una señal en la frente de quienes giman y hagan lamentación por todos los actos detestables que se cometen en la ciudad».* (Ez 9, 1-4).

En el discurso con el cual abrió el concilio de Letrán IV en 1215, el anciano Papa Inocencio III se reapropió de este símbolo. Hubiera querido, decía, ser aquel mismo hombre “vestido de lino, con una bolsa de escriba al flanco” y pasar personalmente en toda la Iglesia para marcar de un *Tau* la frente de las personas que aceptaban de entrar en estado de verdadera conversión”<sup>8</sup>.

No pudo hacerlo en persona por su edad (murió tres meses después), pero solo de escucharle ese día, perdido en la multitud, se pensó que estuviera también Francisco de Asís. De todas maneras, es cierto que el eco del discurso del Papa le llegó, que recogió la llamada y lo hizo suyo. Desde aquel día empezó a predicar, todavía más intensamente que antes, la penitencia y la conversión y a marcar de un *Tau* la frente de las personas que se le acercaban. El *Tau* se convirtió en su sello. Con esto firmaba sus cartas, lo dibujaba en las celdas de sus hermanos.

San Buenaventura pudo decir después de su muerte: “Él recibió del cielo la misión de llamar a los hombres para que lloren, se lamenten... y para marcar el *Tau* en la frente de los que gimen y lloran”<sup>9</sup>. Por eso Francisco ha sido definido “el ángel del sexto sello”: el ángel que lleva, él mismo, el sello del Dios viviente y lo marca en la frente de los elegidos (cf. Ap 7,2 s.).

Sé que el símbolo del Tau es particularmente querido por los hermanos y las hermanas de la Orden Franciscana Seglar y por eso pido al Seráfico Padre de seguir desde el cielo a imprimir en ellos y en sus corazones este signo, como cuando, en vida, lo imprimía en la frente de las personas.

*P. Raniero Cantalamessa, ofmcap*



<sup>8</sup> Inocencio III, Sermo VI (PL 217, 673-678).

<sup>9</sup> San Buenaventura, *Leyenda Mayor*, 2 (FF, 1022).



## CONVERSIÓN – un Camino Interior

*Nancy Westmeyer, OSF  
Sisters of St. Francis of Tiffin, OH  
Estados Unidos  
Original en inglés*

Toda la vida adulta de Francisco ha sido una historia de conversión. Es alentador volver al comienzo de su vida y ver cómo va realizando paulatinamente, pero cada vez más, todo lo que Dios le va pidiendo. En retrospectiva, puedo ver algo de esto en mi propia vida. Me formé para ser profesora de matemáticas, y lo hice durante casi diez años. Uno de mis primeros recuerdos de conversión fue cuando crecí lo suficiente para perder el miedo y desafiar a mis estudiantes para que afrontaran problemas que yo personalmente no podía descifrar con facilidad.



Cuando dejé de enseñar y empecé a obrar en el ámbito pastoral, me quedé sorprendida al constatar lo aliviada que me sentía al no estar atada a la rígida estructura de clases de una escuela secundaria. Me sentía libre y disfrutaba de la libertad, pero al mismo tiempo me alegraba la experiencia que había hecho acerca de la disciplina, porque me ayudaba a estructurar mis días. A pesar de haber dejado de enseñar en una clase, en un cierto sentido seguía enseñando. Cada ministerio en el que yo tomaba parte, incluía alguna forma de enseñanza y mucha transformación. Al igual que Francisco, fui descubriendo que estaba llamada al camino interior, al camino del alma, para mí y para los demás.

El ministerio del que estaba más agradecida era la creación de un Centro donde se tenían cursos sobre 'El liderazgo como servicio'. Al animar a otros a vivir el liderazgo como servicio, me sentí interpelada una y otra vez a vivir mi propio camino interior. Fue realmente una bendición, una gracia reconocer que yo era amada por Dios. El reconocer que cada persona es amada, las personas a las que quiero y aquellas con quienes tengo dificultad, me exigía cada vez más oración y el estar siempre abierta a crecer. Ver y responder a cada persona como igual me pedía humildad y transformación. He tenido que enfrentarme a mi fragilidad, a quererla y aceptar la responsabilidad de cómo esto tenía un impacto sobre los demás, cuando la controlaba. Me siento llamada cada día a esto. Mirar en los ojos a la persona sin techo y ver en ella a Cristo, abrazarla; ofrecerle mi casa, con lo que esto conlleva de mal olor y suciedad, sigue siendo un reto, pero no dejó que esto me retenga. Es éste mi encuentro con la persona que tiene lepra.

Se necesita una profunda vida interior, alimentada por la sabiduría de todos aquellos que encontramos, para fomentar un espíritu de inclusión, de compasión, para descubrir nuestro 'yo' auténtico y cómo poner nuestros dones al servicio de los pobres y marginados. En esto consiste el servicio de liderazgo. Se trata de un camino verdaderamente franciscano.

# Vivir de la Metanoia

*Hermana Camilla Wolfgram, O.S.F.  
Franciscan Sisters of Christian Charity  
Estados Unidos  
Original en inglés*

Propositum 2013, al hablar de los valores fundantes de la conversión, indicaba que la CONVERSIÓN, (es decir la Metanoia) que consiste en “tener los ojos fijos en Jesús, volver a Dios por medio de la conversión, es una fuerza constante para crecer en la fe, ver la luz de Dios en todas las criaturas, en los eventos y en los signos de los tiempos. Debemos tener una vida centrada en Dios, para poder ser testigos de Su amor misericordioso”.

Vivir la vida religiosa franciscana, que supone haber hecho los votos, significa estar centrados en Dios, cueste lo que cueste. Se trata de tender la mano al otro, llevando el mensaje de que Dios ama a cada persona con Su amor incondicional hacia todos. Somos su pueblo redimido.

El reto consiste en trabajar para que se dé primero en nosotros un cambio interior, que sea radical, y luego en tender la mano a los demás, en nuestra comunidad, familia y ministerio. Es posible que esto quiera decir “pon, primero, orden en tu casa” y luego sal hacia los demás.

Tres “elementos” que pienso nos pueden ayudar son la oración, el silencio y la lectura espiritual. Ayudan a que se dé en nosotros la “metanoia” que ayuda primero a centrarnos en Dios y luego en los demás. Y el resultado es que no hay espacio para vivir una vida egocéntrica.

La “metanoia”, o el estar centrado en los demás promueve acciones que permiten que también los otros se conviertan. Dos acciones que estoy escogiendo de manera específica son: 1) Acercarme a las Hermanas miembros de la Congregación de las Hermanas Franciscanas de la Caridad Cristiana que son las “anawim”, que están emarginadas, que de alguna manera creen que no valen y que no tienen nada que ofrecer. La acción (2) consiste en implicarme en la misión y acercarme a nuestro centro local para los sin techo, cuyo nombre es Hogar de la esperanza. La pobreza tiene tantos rostros que necesitan cariño e intervención personal. Ayudar a hacer la diferencia en la vida de los demás es realmente un reto, pero sin duda tiene también sus aspectos positivos. Y todo esto se debe al Espíritu Santo que nos guía en este proceso de conversión. Somos instrumentos de Dios. ¡Alabado sea Dios, dador de todo bien!

## **¿A mi Manera o a la Manera de Dios?**

*Hermana Mary Frances Maher, O.S.F.  
Franciscan Sisters of Christian Charity  
Statí Uniti  
Original en inglés*

Cuando pienso en la conversión, por lo general pienso en un evento dramático que ha ocurrido en la vida de alguien, como por ejemplo en la de San Francisco o de San Pablo. Sin embargo, en la medida en que he ido avanzando en la vida religiosa, he descubierto que son los eventos de la vida cotidiana los que determinan mi propia conversión. Sí, creo que Dios permite el así llamado punto de inflexión en la vida, para que nos acerquemos más a Él. Pero también sé que morir cada día a mi propia voluntad y decir sí al plan de Dios, es también un camino de conversión. Trato de pensar en esto al hacer pequeñas cosas con gran amor, como hizo Santa Teresa, la Pequeña Flor.

Vivir en comunidad me brinda muchas ocasiones para la conversión. Puedo no estar de acuerdo con una decisión, pero estoy abierta a lo que Dios tiene planificado para mí en una situación particular. Esto significa que rezo cada día para que Él me guíe y dirija los pasos de mi vida. Escuchar lo que Él me dice en la oración, en la lectura espiritual, al hablar con los demás: es así como descubro lo que me tiene reservado. ¿Lo sigo siempre? No, no soy perfecta, pero la eucaristía diaria me da fuerza para seguir intentando ser lo que Dios me está llamando a ser. La reconciliación frecuente me permite verme a mí misma, aceptarme y saber que Dios me quiere con todos mis defectos y fallos, y me anima a ser mejor.

La conversión ¿es fácil? No, como ya dije al comienzo, se trata de una lucha diaria para hacer la voluntad de Dios. Pero puede ser también una experiencia de gozo, en la medida en que me voy aceptando poco a poco y me permito a mí misma ser la persona que Dios me está llamando a ser. El gozo es saber que soy hija de Dios y es vivir ese gozo en todos los encuentros. Espero no olvidar nunca que la conversión es un evento paulatino, gradual, una oportunidad para cambiar y ser mejor, para mejorar mi vida y poner a Dios en el centro de mi vida.

Todo lo que acabo de decir tiene que ver con mis votos. Para ponerlo en términos muy simples: la pobreza y la obediencia consisten en soltar mi voluntad y aquello que no necesito para seguir a Jesús. La castidad consiste en amar a Jesús en mí y en los demás. San Francisco nos dijo que él había hecho todo lo que estaba en su mano, y ahora nos toca a mí hacer lo que tengo que hacer.



# LA IGLESIA PENITENTE

*Hermana Mary Ann Spanjers, O.S.F.  
Franciscan Sisters of Christian Charity  
Estados Unidos  
Original en inglés*

Para nosotros que somos Iglesia la conversión tiene que venir en forma de penitencia. Uno de mis antiguos alumnos resumió en una frase cómo sería esta iglesia. Al agradecerme el haber sido su profesora, me dijo: "Usted nos ha querido, aun cuando la hemos decepcionado". (Puedo añadir que mis estudiantes me quieren, aun cuando los decepciono.)

¿Acaso no es éste un llamado a la conversión, a ser penitente, a reconocer que uno falla, peca, decepciona y, sin embargo, sabe que a pesar de todo esto, somos amados y perdonados? ¿No es así cómo experimentamos el amor y el perdón de Dios? La única verdadera respuesta a este mundo roto es el amor de Jesús, a través de nosotros, que somos su iglesia. Pero cuando como Iglesia dejamos de ser auténticos, de amar y perdonarnos, nosotros también nos rompemos. Cuando aquellos que están llamados a guiarnos en la Iglesia se convierten en causa de pecado, de daño y de mal, el rechazo, el dolor y la desconfianza se apoderan de nosotros. Parece como imposible reparar el daño hecho y vivir la reconciliación.

¿Cómo identificarnos como iglesia? ¿Cuáles son las imágenes que usamos? El Concilio Vaticano II nos instó a buscar nuevas imágenes de cómo ser iglesia, para que se convirtiera en lo que pretendía ser desde el principio. La pregunta que mis estudiantes enfrentan es ¿cuál es la auténtica identidad de la iglesia hoy en día? Creo que la única manera en que la Iglesia puede ser relevante es si adopta el modelo de un penitente.

San Francisco de Asís nos ofrece un ejemplo histórico. Elige vivir entre los leprosos de su tiempo, asumir el estigma de ser un paria y hacer amistad con los pecadores, los desdichados y los pobres. Asume esta forma de vida como penitente para poder imitar a Jesús, que compartió nuestra humanidad y expió los pecados de todos a través de su vida, su muerte y resurrección. Jesús aceptó los pecados y los sufrimientos de los demás a través de la muerte para que pudiera nacer una vida nueva. Éste es el llamado del penitente a la conversión, a enfrentarse con el pecado, a reconciliarse y a elevarse por encima del pecado por la gracia que Dios nos ofrece. El modelo que se propone de la Iglesia penitente ve a la Iglesia como seres humanos en relación con Dios. Esta relación se comparte con todas las criaturas de Dios.

Como Hermana Franciscana de la Caridad Cristiana, abrazar la vida como penitente es mi realidad. Es así como soy capaz de enseñar a mis estudiantes de la Escuela Cristo Rey, de los Hermanos de Lasalle. Soy capaz de caminar con ellos que están necesitados de amor, de misericordia y de perdón. Enseño teología sobre una Iglesia que está desorientada. Lo único que funciona con los jóvenes es la sinceridad. Y es justamente su sinceridad de cara a lo que son y a lo que esperan ser lo que me da esperanza. Somos la iglesia, somos una comunidad de fe, y Dios está con nosotros. Caemos y pecamos y nos levantamos por el amor de Dios en y a través de cada uno de nosotros. En esto abrazamos la vida de penitentes y experimentamos la conversión del corazón.

# CONVERSIÓN

*Hermana Sharon Paul, O.S.F.  
Franciscan Sisters of Christian Charity  
Estados Unidos  
Original en inglés*

Opino que la **CONVERSIÓN** lleva toda una vida. Es un reto, continuo y agotador. Empezó con el Bautismo, cuando se me hizo don de la vida de Cristo en el alma, y continuó en la medida en que he ido recibiendo otros sacramentos. Estos sacramentos dan **ENERGÍA** a mi alma, sobre todo la Eucaristía, el sacramento de la Reconciliación y la Confirmación, que ayudan mi cuerpo y mi alma a mantener el ritmo, a resistir a los embates del mundo y a vivir el Evangelio, cada día.

La **CLAVE** para generar la conversión es mi relación con el Señor y cómo me sirvo de los talentos que Dios me ha dado para que venga Su Reino, teniendo un oído capaz de escuchar Sus designios y cooperando con otros.

Vivo la conversión como Hermana Franciscana de la Caridad Cristiana, siguiendo la Regla de San Francisco, como miembro del St. Benedict Convent, en Cambridge, Ohio, con mis Hermanas en comunidad. La oración, el silencio y la conversión son elementos esenciales para escuchar hacia dónde el Señor nos guía. En Mateo 18,3 leemos: "Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos." Algunos puntales que me ayudan en mi relación con el Señor son:

- Meditación y Misa diaria
- Laudes y Vísperas en comunidad y una vez a la semana con los feligreses
- Adoración y Bendición, los miércoles a las 4.00 de la tarde
- Grupo de Oración cada lunes con el Grupo de San Vicente de Paul
- Lectura espiritual, revistas, libros, documentos católicos, y la escucha de conferencias
- Una vez al mes un comentario espiritual sobre la Liturgia del Domingo y otros artículos de la comunidad
- Escribir mis reflexiones
- Escuchar a oradores externos, programas, en vivo o en Internet
- El ser miembro del "Grupo de la Vida de Cristo"

En el Apostolado, me esfuerzo por vivir los talentos que Dios me dio siendo ministra pastoral y consejera en la Parroquia de Cristo Nuestra Luz, sirviendo en 8 Centros de Enfermería y Rehabilitación, dos hospitales y tres pueblos circundantes, con muchas personas confinadas en sus casas. Algunas de las tareas que realizo:

- Asistir a todos los funerales y acompañar a heridos, enfermos, discapacitados, drogadictos, alcohólicos, solteros y divorciados.
- Dar a conocer el nombre de pobres, hambrientos o necesitados para que reciban ayuda en la ciudad.
- Procurar comida, ropa y muebles para los necesitados.
- Ayudar a enfermos mentales a que encuentren Centros de salud mental, y a ancianos Centros para ellos, donde encontrar comida y transporte.
- Trabajar con nuestro párroco para que los enfermos reciban el sacramento de la Unción y para la vuelta a la fe de quienes lo desean.
- Trabajar con muchas culturas diferentes

**En lo que a la creación de Dios se refiere:**

- **Siendo agradecida por lo que tenemos**
- **Tratando de no gastar agua, inútilmente**
- **Reciclando papel, vidrio y latas**
- **Apoyando el derecho a la vida, asistiendo a eventos de recaudación de fondos**

**Eventos comunitarios, eclesiales y académicos en los que participo:**

- **Subasta y recaudación de fondos**
- **Obras de teatro, deportes, programas musicales**
- **Soy miembro del coro ecuménico de Acción de Gracias**
- **Eventos en los que se vive el respeto y atención hacia otras culturas**
- **Soy miembro de un coro de música sacra que recauda fondos para una parroquia y una escuela en Haití.**

**Aprendo de los demás mucho más de lo que doy. A veces, se necesita tiempo para examinar las propias creencias y prejuicios, y trabajar con los demás por una visión compartida.**

**SÍ, la CONVERSIÓN no tiene fin. Consiste en estar constantemente alejándose de los asuntos y caminos mundanos y en mantener la propia mirada fija en JESÚS. "Permanezcan firmes en el Señor". Cada día, continúo esforzándome por convertirme y VIVIR el espíritu de las Bienaventuranzas, siguiendo el Evangelio, con esperanza, porque el Señor dice en Mateo 28,20: "... ¡Estaré con ustedes, siempre, hasta el fin de los tiempos!"**



## LA CONVERSIÓN

*Hermana Carol Juckem, O.S.F.  
Franciscan Sisters of Christian Charity  
Estados Unidos  
Original en inglés*

La conversión es una experiencia diaria para aquellos que aman a Dios y se entregan a su voluntad. Cada encuentro diario con personas y circunstancias nos llama a volver a Dios y a su forma de responder.

Al revestirnos del Señor Jesucristo cada día, Él afina nuestra visión para ver a los que encontramos como Él los ve. Todos nosotros estamos heridos, necesitamos sanación y comprensión. Cuando veamos con la visión de compasión del Señor no sólo nos convertiremos interiormente, sino que haremos que otros se vuelvan hacia Dios y se conviertan también.

¿Qué hay en el corazón de los que se convierten continuamente para ser uno con Jesucristo, sino ser el corazón de Jesús mismo? ¿Qué hay en la mente de los que se convierten continuamente a Jesucristo, sino sus pensamientos y su mente? ¿Qué hay en la voluntad de los que se convierten continuamente a Jesucristo sino una entrega constante a Su voluntad?



No hemos sido creados para ser una copia al carbón del Señor, sino una “versión” del Señor que es exclusivamente nuestra. A través de nuestros talentos, nuestra personalidad y nuestra forma de vivir la vida, el Señor vive su vida a través de nosotros con el toque que es nuestra versión especial de “Dios con nosotros”. Estamos constantemente llamados a ser esa mejor versión de nosotros mismos que permite que la luz de Jesús brille a través de nosotros.

Tal vez la conversión no es sólo un vuelco diario sino un vuelco momento a momento. Un vuelco hacia el Padre que nos ama en el ser, hacia Jesús que nos salva y hacia el Espíritu Santo que nos guía a la unión con Aquel que deseamos y anhelamos. Volverse a Dios, convertirse y vivir.

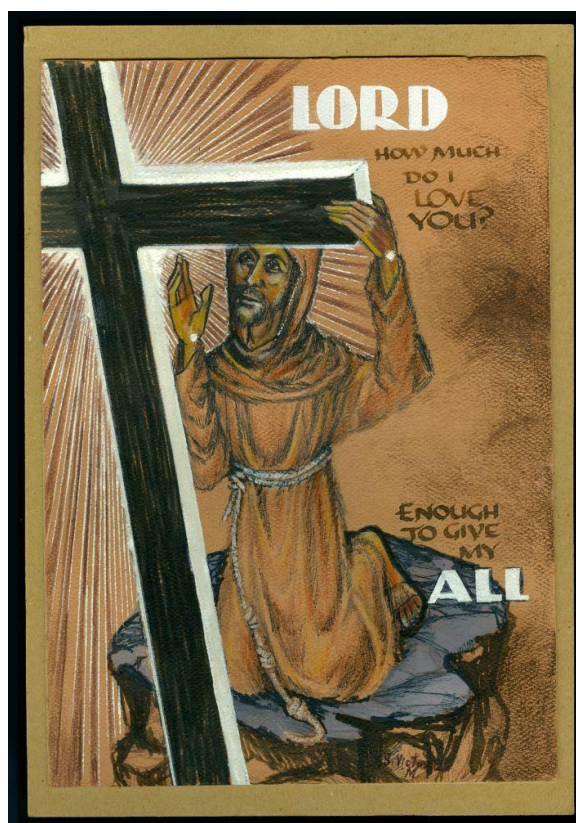


## LA CONVERSIÓN

Hermana Bernadette Selinsky, O.S.F.  
Franciscan Sisters of Christian Charity  
Estados Unidos  
Original en inglés

Durante 52 años he tratado de utilizar las pocas oportunidades que se presentan cada día para convertirme más y más. En los días en que estoy más “en sintonía con Dios”, estas oportunidades son muchas. Hace varios años tuve lo que ahora veo que fue una bendita oportunidad para una conversión de fondo. Necesitaba una cirugía ocular seria que podía resultar en ceguera. No había duda de que la cirugía era necesaria y en las semanas previas a la operación, estuve pensando durante largos tiempos si ir o no al quirófano. Durante ese tiempo hice un retiro cuyo tema era “Las cinco preguntas de Jesús”. El primer día de retiro, nos fue dirigida la pregunta que en el relato evangélico Jesús dirigió al ciego: “¿Qué quieres que haga por ti?”. A la que el ciego contestó: “¡Maestro, que recobre la vista!” Medité largamente tanto la pregunta como la respuesta. Cuanto más las meditaba, tanto más de alguna manera esa respuesta no me parecía “correcta”, no era un “ajuste perfecto”. Me pregunté: “¿Qué es lo que realmente quiero que Jesús haga por mí? ¿Qué es lo MÁS PROFUNDO que necesito de Jesús en este momento?” Durante los días de retiro, mi respuesta se fue fraguando paulatinamente: “Señor, haz que te vea a TI, aunque eso signifique que me quede ciega. Haz solo que te vea a TI”. Esta respuesta me pareció correcta, pero recé para que al pronunciarla yo fuera sincera, porque sabía que el costo podría ser grande. El canto que repetía en mi corazón en los días previos a la cirugía era: “Señor, abre mis ojos, para que yo pueda ver tu rostro”. Siento que entré en el quirófano totalmente abandonada en las manos de Dios, después de haber experimentado la conversión para significar realmente mi respuesta a la pregunta de Jesús: “¿Qué quieres que haga por ti?” “Señor, haz que pueda ver Te a TI, aunque eso signifique que me quede ciega. Tan solo haz que yo TE vea a TI”.

(Lo que ocurrió después). La operación tuvo éxito y pude ver mucho mejor que antes. ¡Gracias a Dios! Pero ahora mi vista está empeorando de nuevo, y los médicos me han informado de que nada más se puede hacer. Así que es posible que sea necesaria una conversión aún más profunda, si en el futuro mi respuesta ha de ser vivida hasta el final. “Señor, haz que pueda ver Te a TI, aunque eso signifique que me quede ciega. Tan solo haz que yo TE vea a TI”.



Painting by Sister Victoria Masil, O.S.F. +  
Franciscan Sisters of Christian Charity  
United States, English

## ¿Cómo somos testigos del carisma de conversión de la Tercera Orden Franciscana?

Hermana Mariella Erdmann, O.S.F.  
Franciscan Sisters of Christian Charity, Estados Unidos

Como Hermanas Franciscanas de la Caridad Cristiana profesamos seguir el espíritu evangélico de San Francisco. Esto requiere una conversión del corazón. El carisma específico de la Tercera Orden es la conversión continua. Francisco lo entendió y esto le llevó a sentirse cautivado tan a fondo por el amor de Dios que se convirtió en otro Cristo en su vida diaria, desde el mensaje del Evangelio. El Papa Benedicto XVI nos dice que la transformación de todo el ser no es el fruto de un proceso psicológico de maduración o de desarrollo intelectual y moral, más bien, es el fruto de nuestro encuentro con Jesucristo. En este sentido más profundo debemos hablar de conversión.

Podemos preguntarnos qué significa esto para nosotros. Como San Pablo, que podía decir *“Considero todo una pérdida por el valor supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo motivo he **perdido** todas las cosas. Las considero basura, para ganar a Cristo...”* (Flp 8), sólo nos convertimos en verdaderos cristianos cuando nos encontramos con Cristo. El arrepentimiento y la conversión significan que tomamos una nueva actitud porque reconocemos la presencia apremiante de Dios. Sólo un profundo encuentro con Cristo puede dar cabida a un cambio tan hondo en nosotros.

Como miembros de una comunidad religiosa experimentamos nuestra vulnerabilidad ante Cristo como individuos y también juntos como comunidad. Es al aceptar nuestra vulnerabilidad con humildad y confianza, que el amor de Cristo por nosotros se vuelve tan real y supera toda nuestra imaginación. Sólo entonces nuestro ego puede empezar a morir y podemos vivir de nuevo en Cristo Resucitado. No somos “guardabosques solitarios” en comunidad, sino que rezamos, trabajamos, comemos y nos recreamos juntas mientras seguimos el camino franciscano de la conversión diaria. La conversión no es un evento único, sino que es un continuo retorno a Dios y consiste en permitir a Dios que transforme nuestras vidas. Una fuerte vida comunitaria enraizada en Cristo es un tremendo apoyo para cada uno de nosotros individualmente, así como cada individuo es un apoyo para el bien del conjunto, cuando cada persona se abre a la presencia transformadora de Cristo en su vida diaria.

Redescubrir la necesidad del silencio exterior e interior es muy importante para escuchar a Dios que nos habla en la lectura y contemplación de la Escritura, así como para participar en la vida litúrgica de la Iglesia, especialmente en la Misa y en el rezo de Laudes y Vísperas en común. Disponernos a recibir con frecuencia el sacramento de la reconciliación nos ayuda a crecer en humildad y en el conocimiento de nuestro ser. A través de un examen de conciencia diario estamos llamadas a reflexionar sobre nuestras relaciones con los demás y con Dios. La lectura en voz alta cada año de la Regla, de nuestras Constituciones y del Directorio junto con las Cartas de exhortación de nuestra ministra local para vivir lo que estamos llamadas a ser, son guías adicionales para nosotras. La única manera de mantenernos fieles a nuestra llamada y de mantener vivo el fuego del Espíritu en nuestro interior, es mediante la práctica de volvernos a Dios, día tras día. Hoy en día existe la tentación de convertirse en religiosos desilusionados, desanimados y mediocres que han perdido la voluntad de inspirar e iluminar a otros con el fuego de Cristo.

En definitiva, la conversión es cuestión de querer un encuentro con Cristo. Dios toma la iniciativa en nuestras vidas y tenemos la opción de decir sí o no. Estamos en el camino de la madurez de la vida en Cristo y es Dios quien quiere prodigarnos su amor y atraernos a la plenitud de vida. Por lo tanto, oremos por este encuentro con Cristo que nos abrirá a la verdad, nos dará una fe viva y abrirá nuestros corazones con un gran amor para con todos. Esto es lo que renovará el mundo.

## Desde Paraguay, una experiencia

Hna. Evanilda Ramirez  
Hermanas Educacionistas Franciscanas de Cristo Rey  
Provincia Nuestra Señora de la Asunción, Paraguay

*Comencemos hermanos, poco o nada hemos hecho aún...*

Con estas palabras de nuestro hermano Francisco podemos compartir algo de la experiencia vivida en la misión que, como cada año, hemos realizado como familia franciscana en el Paraguay, los días 19 al 26 de enero del presente año.

El tema propuesto para compartir esta experiencia es la conversión. En este sentido, participar de un modo concreto en una misión ayuda a salir de uno mismo y a desinstalarse, condiciones necesarias para un proceso de conversión.



Desde el momento en que hemos aceptado la invitación a integrar el grupo de misioneros era necesario organizar las actividades de modo que no haya impedimentos, porque esta actividad es una opción que cada religioso o laico decide por propia voluntad, es decir, nadie es enviado por obediencia a la misión. Lo acogemos como invitación que el Señor nos hace a través de su Iglesia, es Él quien nos envía.

Embarcarse a la misión implica cambiar de estructuras mentales. No sé dónde voy a estar, con quienes voy a misionar, ni con qué clase de personas me voy a encontrar. Es lanzarse y lanzarse en fe por que he optado por contribuir en el anuncio del Evangelio que es la misión de la Iglesia, lo cual, es mi compromiso como bautizado y más como consagrado.

No llevamos cosas, más que lo estrictamente necesario, confiamos que el Dueño de la mies proveerá lo que haga falta. Y así sucede, Él, como buen Padre, se desborda en generosidad, y la comunidad visitada no nos hace faltar nada, somos cuidados y atendidos en todas las necesidades.

No nos vamos con esquemas preestablecidos, más que las orientaciones dadas por el coordinador, pero que cada equipo ajusta a lo que se va presentando en el día a día. Es un abrirse a la novedad del Espíritu, confiando que es Él, el protagonista de la misión. Cada día es una sorpresa, cada día es necesario ponerse a la escucha, escuchar a Dios, en la oración, en la Eucaristía, en el compartir fraterno entre los misioneros y sobre todo en el hermano que nos acoge, a veces con alegría y esperanza, a veces con el apuro del “no tengo tiempo” o a veces del “ahora no puedo”. Todas estas experiencias nos hablan al corazón y nos impulsan a una apertura de corazón para disponernos a la novedad que la experiencia misionera nos ofrece a cada momento.



Volvemos a nuestras comunidades cargados de estas experiencias, reconociendo el valioso aporte que como consagradas franciscanas podemos contribuir a la misión de la Iglesia en salida a la que nos invita el Papa Francisco. Reconociendo ante todo que este aporte viene de la iniciativa amorosa del Señor que nos llama a colaborar en su obra de amor que mira compasivo a su pueblo que camina como ovejas sin pastor. Esto nos impulsa a llevar una vida más sencilla y menos estructurada según el carisma franciscano de minoridad, fraternidad y continua conversión.

